

### Sociólogos modernos

.....

*En este capítulo veremos*

- Las ideas de Gramsci sobre la dominación hegemónica
  - La nueva concepción del poder de Michel Foucault
  - La violencia simbólica de Pierre Bourdieu
  - Las ideas de Bauman sobre la modernidad líquida
- .....

Los sociólogos modernos son continuadores de los clásicos pues, en ciencia, siempre se va a hombros de un gigante, que no refiere a otra cosa que el bagaje científico heredado de los pensadores precedentes. Claro que como en ciencias sociales hay distintos paradigmas, también existirán líneas de continuidad entre los clásicos y modernos. Así, las corrientes marxistas tendrán sus continuadores en pensadores que mejoran la explicación de los sistemas de dominación, aportando la influencia de la cultura y explicando que el poder no es solamente algo que se debe tomar para cambiar una forma de gobierno totalitario, sino que, para cambiar un gobierno totalitario, lo que hay que cambiar es la sociedad totalitaria que lo hizo surgir y aceptó el poder. Otros autores, se focalizarán más en las conductas individuales de los ciudadanos modernos, que han sido convertido en autómatas que son capaces de defender los intereses de clases de grupos a los que no pertenecen (clase alta) aunque les encantaría pertenecer. También veremos cómo la modernidad nos ha socializado en un mundo de consumo, donde las relaciones humanas se hacen endebles, y ni el amor escapa a esta nueva lógica de las interacciones sociales.

## Antonio Gramsci (1891-1937)

Antonio Gramsci fue un intelectual italiano que escribió sobre teoría política, sociología, antropología y lingüística. No fue un hombre de ciencias, sino un pensador comprometido con el cambio social, pero para ello, mejoró la teoría marxista acerca de cómo funciona la sociedad y eso es lo que rescatamos de su pensamiento.

En su juventud fundó en su país el Partido Comunista, por lo que fue perseguido y encarcelado por el régimen fascista de Benito Mussolini. Durante su cautiverio en prisión escribió sus “cuadernos de la cárcel”, que se apartan del marxismo clásico, pues mientras que para Marx los modos de producción determinan los modos de pensar de las personas y los cambios sociales, Gramsci considera que existe la posibilidad de cambiar el mundo desde el plano cultural, desde la crítica al sistema. En efecto, su concepción del ser humano no es determinista, sino que considera que “el hombre es creación histórica, expresión de las relaciones entre la voluntad humana y la estructura económica de la sociedad”. Es decir, el resultado entre el sistema económico y su propia personalidad. Las obras de Gramsci fueron reunidas en una antología, a la cual nos remitiremos por encontrarse allí reunidos y sistematizados sus principales puntos de vista sobre la sociedad y el cambio social (Gramsci, 2016).

## Nuevas formas de dominación

La visión marxista de la sociedad sostiene que la historia de las sociedades siempre ha demostrado la tensión entre dos clases sociales, las que tienen los medios de producción y la de los que trabajan para ellos. Pero además, Marx advierte que indefectiblemente, esta tensión llega un momento que se hace insostenible y se producen revoluciones, en las cuales quienes ostentaban el poder lo pierden, y otros lo toman, para volver a comenzar la nueva lucha de clases, hasta que un día, la tecnología desarrollada permitirá que no haya que explotar el trabajo de las personas, y entonces, la humanidad podrá encontrar una forma de coexistencia pacífica, sin explotadores ni explotados, pues todos podrán tener lo necesario para vivir. Eso sería el comunismo, al que indefectiblemente, las sociedades desarrolladas deberían llegar algún día.

Mientras tanto, la opresión de la clase alta sobre la baja se mantiene por imperio de la fuerza ya que, al tener los medios de producción, ello les permite acumular riqueza, y pagar los salarios de las fuerzas de seguridad que las protegen. En este sentido, se diría que el Estado, es una maquinaria de represión para mantener los

privilegios de clase en los dueños del país. Por ello cuando un grupo de manifestantes intenta tomar la propiedad privada de un terrateniente, un minero o un industrial, el Estado usará todo el poder de la fuerza para arrasar a los usurpadores de la propiedad privada. Es lógico que nos parezca correcto, siempre hay que respetar lo que es del otro, aunque sea multimillonario. Esa es la base de la sociedad.

Sin embargo, hay algo que hace ruido aquí: ¿puede ser la base de la sociedad el hecho de que alguien tenga incontables riquezas, mientras que otros se mueren de hambre? Hacia mediados del siglo XX, en plena etapa de los gobiernos fascistas de derecha, Antonio Gramsci, un autor italiano, veía como los obreros y campesinos se hacían fascistas en vez de revolucionarios, y se preguntaba cómo podía ser que las clases más explotadas se enrolaran en las fuerzas de la clase opresora, en lugar de hacerlo en las de la revolución, y romper las cadenas que las habían tenido atadas.

La respuesta fue que las clases oprimidas, no sólo están oprimidas porque si se rebelan son castigadas por la fuerza del Estado, sino, fundamentalmente porque tienen lavada la cabeza. Piensan y sienten lo que la clase dominante quiere que piensen y sientan. Claro que esto que parece sacado de una película de ciencia ficción necesita ser explicado un poco.

## Hegemonía dominante

Gramsci nos plantea que la gente explotada no se rebela contra el sistema de opresión en el que vive porque desde pequeños en la escuela se les dice que hay que respetar lo que es del otro. Además, la religión les muestra que siempre hay uno que manda (Dios), y muchos que obedecen, y que la rebeldía se paga con el castigo eterno (Infierno). La cultura popular les dice que “el trabajo dignifica”, “siempre habrá ricos y pobres” y demás discursos que circulan en la sociedad con lo que se va construyendo cierto “sentido común”. Pero cuando se analiza ese sentido común, se advierte que, casualmente, siempre termina protegiendo cierta estructura de dominación de un grupo sobre otro.

A este conjunto de valores, ideas y creencias que imponen cierta visión de cómo debe ser el mundo Gramsci lo llama “hegemonía”. En el caso de las sociedades capitalistas, algunas ideas hegemónicas son: “hay que trabajar duro para triunfar en la vida”, “la propiedad privada es sagrada”, “la mujer puede prestar atención a muchas cosas al mismo tiempo, y el hombre se focaliza en una”, etc. Son ideas conocidas por todos, y que puede ser que hasta las compartamos. Pero lo que Gram-

sci señala es que no son neutras, sino que esconden el anzuelo de la dominación detrás. Los tres ejemplos citados, nos dicen que hay que trabajar duro, sólo que no dicen que ese trabajo duro siempre suele ser para otro, que será el que realmente se enriquezca con el trabajo. Basta mirar el rostro y las manos de un trabajador, y compararlos con las del dueño de la fábrica, para ver el fiasco del trabajo duro. En el caso del segundo ejemplo, que dice que la propiedad privada es inviolable, todos parecemos estar de acuerdo, pues nadie quiere que le roben sus ahorros. Pero esta idea no circula para proteger a los pobres, sino a los ricos, a ese 1% que tiene el 90% de las riquezas. Surgió como una protección hacia la burguesía contra el poder despótico de las aristocracias. Finalmente, el considerar a la mujer como un ser con capacidades superiores para controlar varias cosas al mismo tiempo es la forma más sutil y maquiavélica de condenarla a cuidar a los hijos en la casa, pues están dotadas de una capacidad innata para lograr eficientemente esta tarea.

En fin, estas ideas hegemónicas, e innumerables más, se distribuyen en toda la sociedad de manera muy sutil, no violenta, por eso la genialidad de Gramsci de advertir esta dominación invisible. Aquí es donde los intelectuales y los periodistas son piezas clave. Los primeros, escriben libros y ensayos para los sectores ilustrados, las clases medias de la sociedad. Así, por ejemplo, es posible que la teoría de Hobbes de que “el hombre es malo por naturaleza” la haya estudiado todo estudiante universitario. Se la consideró durante años como una verdad, pero lo cierto es que no tiene base empírica; y, de hecho, hoy sabemos que no es así. Sin embargo, fue una idea que circuló y se construyó como el “sentido común” de los últimos siglos.

Alguien podría pensar que es tan sólo una idea, pero téngase en cuenta que, a partir de cierta idea sobre la naturaleza humana, la maldad en este caso, es que surgieron innumerables instituciones para el adoctrinamiento, tales como los castigos físicos en la escuela. Al azotar al niño que se portaba mal, se imprimía miedo y odio en él, y si bien muchos acababan adaptándose y portándose bien, algo explica de las matanzas ocurridas en Europa durante las últimas dos guerras mundiales, donde esos “buenos alumnos” fueron carniceros insospechados. Posiblemente, el odio y el resentimiento de una educación violenta encontró en el campo de batalla una forma de liberación.

Lo que intentamos decir es que, si todos creemos que el ser humano es malo, actuaremos de manera que ello se convertirá en una profecía de autocumplimiento, pues al tratar como “malo” a nuestro prójimo, al desconfiar casi instintivamente del otro, construiremos una sociedad de desconfiados y de personas que no ven en el otro un par, sino un peligro. Pero lo que interesa aquí es tan sólo poner un simple ejemplo de cómo una idea filosófica puede imprimirse tanto en la consciencia de las personas

hasta convertirse en el sentido común. Cabe señalar que, contrariamente a Hobbes, los antropólogos modernos han considerado que no hay ninguna tendencia natural hacia la maldad en el ser humano, y que si hay algo innato en él, es más una tendencia hacia la solidaridad como lo demuestra la antropología de Michel Tomasello (2010). Basta pensar en las tareas de caza grupales que vemos en las pinturas rupestres de las cavernas, el necesario cuidado que requieren los bebés al nacer, y la atención de los ancianos. Todo ello ha sido una constante en la especie humana, y fue gracias a la solidaridad que nos convertimos en la especie dominante del planeta. Las guerras también existieron, pero mientras las acciones solidarias se dan todos los días, todo el tiempo y en todas partes, las guerras son fenómenos más esporádicos.

En definitiva, lo que debe quedarnos en claro es que las ideas y el sentido común de un tiempo no suelen ser los mismos en otro, y que nunca son neutrales, ni siquiera cuando nos plantean un mundo solidario como el que acabamos de contar. Gramsci nos propone siempre ver qué hay detrás de cada discurso, fundamentalmente de los intelectuales y de la prensa.

La llamada opinión pública, es una construcción social que jamás surge espontáneamente, sino que es construida por los sectores hegemónicos. Así, “lo que se llama opinión pública está estrechamente vinculado con la hegemonía política. El Estado, cuando quiere iniciar una acción poco popular, crea preventivamente la opinión pública adecuada, esto es, organiza y centraliza ciertos elementos de la sociedad civil”. Pero no solo es el Estado quien se beneficia de la prensa conservadora, sino cualquier institución de la clase dominante, pues Gramsci es muy claro al señalar que “El contenido de la prensa está influenciado por una idea: el servicio de la clase dominante, lo que inevitablemente se traduce en una cosa: luchar contra la clase trabajadora. De hecho, del primer al último renglón, el periódico burgués adopta y revela esta preocupación” (Gramsci, 2016). Basta cambiar el concepto de “periódico” por “medio de comunicación”, para tener una descripción bastante buena del presente donde el combate político pasó de los parlamentos y las calles, a los medios oficialistas y opositores.

## Hegemonía cultural y contrahegemonía

Las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante, decía Marx, y eso parece ser lo que intenta profundizar Gramsci. Así, advierte la existencia de ideas que circulan en el imaginario social y que colaboran con la dominación de una clase sobre otra. Pero, también, señala que el ser humano es un ser con capacidad crítica,

no está determinado por su lugar en el mundo como en algún sentido planteaba Marx y, por lo tanto, es capaz de ver y advertir esta situación. Por eso, las clases oprimidas pueden tomar conciencia de la opresión cultural a la que son sometidas, y su forma de defenderse no es con una revolución armada, sino con un arma mucho más efectiva y menos letal: la contrahegemonía. Este concepto se refiere a la construcción de valores, creencias, ideas y discursos contrarios al sentido común de la época, y que protejan sus intereses. Cambiando la forma de pensar de la clase oprimida se puede cambiar una sociedad casi sin muertos. La revolución fundamental es revolucionarse internamente, pero en lugar de tomar las armas, revolucionar el pensamiento que ha sido formateado por la dominación cultural del lugar donde se creció. En este sentido, lo que Gramsci propone no son revoluciones que tomen la cúpula del poder, sino revoluciones desde abajo, que con trabajo hormiga vayan demoliendo los cimientos culturales de la burguesía, hasta consolidar una masa crítica, que pueda acceder a la liberación de forma democrática. La acción política que propone es una “guerra de posiciones” donde se organicen debates que pongan en cuestionamiento las ideas dominantes, de manera que se vaya deslegitimando las posiciones sobre las que se asiente el bloque hegemónico dominante.

En esta tarea, los medios de comunicación tienen un papel importantísimo. Gramsci hablaba de la prensa, y sostenía que “Los diarios son dispositivos ideológicos cuya función es transformar una verdad de clase en un sentido común, asimilada por las otras clases como verdad colectiva, es decir, tienen el papel cultural de propagar la ideología”. De manera que la contrahegemonía, también debía emplear estar armas mediáticas, simbólicas y discursivas para cambiar el sentido común de la época. Por ello, la receta revolucionaria gramsciana es que “La conquista del poder cultural es previa a la del poder político y esto se logra mediante la acción concertada de los intelectuales llamados orgánicos infiltrados en todos los medios de comunicación, expresión y universitarios” (Gramsci, 2016).

Un ejemplo exitoso de esto puede ser Bolivia, gobernada durante cientos de años por descendientes de españoles y otros extranjeros que despreciaban a los pueblos originarios, a quienes explotaban. Evo Morales no llegó a la presidencia por la fuerza, sino que hizo un largo trabajo previo de concientización de su pueblo. Un pueblo que no votaba ni era reconocido como pueblo originario en la Constitución. Evo Morales, de origen Aymara como muchos de ellos, y pastor de llamas en su niñez, despertó en su gente el amor por sus tradiciones, sus ancestros. Así, mientras durante cientos de años la palabra “indio” era despectiva, con Evo, ser indio era un orgullo. Revirtió el prejuicio y éste dejó de ser un peso aplastante, lo convirtió

en alas. Así, construyó una contrahegemonía, que cuestionaba el derecho de los “blancos” a explotar a los “indios”, y finalmente, alcanzó el poder por el voto popular, consolidando así en la actualidad un Estado plurinacional con reconocimiento en su constitución de los pueblos originarios.

La vigencia de las ideas de Gramsci es innegable, no sólo en el campo de la lucha de clases, sino también en el de la dominación de género. Es claro que durante años a la mujer se la tuvo sujeta a los quehaceres domésticos, no tanto por la fuerza, sino en función de las ideas hegemónicas del momento. Basta pensar en el lenguaje cotidiano para advertir estos barrotes invisibles que la ataban a la casa. Cuando un hombre era bueno en los negocios, se decía que era “un tipo rápido”, mientras que si una mujer era considerada “una tipa rápida” ello era descalificante. Un hombre público, podría ser un político o un embajador, pero una mujer pública no era otra cosa que una prostituta. Así podemos seguir señalando ejemplos de una hegemonía que hacia 1950 imponía a las mujeres, muy invisiblemente, una forma de ser, pensar y actuar. Hoy en día, los movimientos feministas no quieren tomar el gobierno con tanques de guerra para reivindicar sus derechos, sino que su lucha es contrahegemónica en términos gramscianos, pues la hacen cambiando las palabras históricamente asociadas a lo masculino, como “presidente” por “presidenta” (mal que les pese a los varones de la Real Academia Española); cuestionando los productos culturales machistas donde se cosifica a la mujer (películas, canciones, chistes); y cambiando las instituciones tradicionales, tales como que la mujer casada lleve el apellido de su marido. En fin, es una lucha sin armas como la que quería Gramsci, pero mucho más poderosa. Una disputa entre dos hegemonías opuestas. El único riesgo aquí es que toda lucha, aun las contrahegemónicas, conllevan el peligro de que algunas personas se fanaticen y no acaben de comprender que cuando se obtiene poder no se lo debe usar para la destrucción del rival, ni para llevar a cabo venganzas, sino para tratar de lograr un equilibrio que permita proyectar una vida futura armónica, pues de lo contrario, la lucha continuará, los nuevos oprimidos algún día se revelarán, y así seguirá la lucha indefinidamente. En el campo de la política, el comunismo, al menos en términos teóricos, era alcanzar un estadio de igualdad donde todos fueran felices. Lo que hicieron las revoluciones comunistas del siglo XX, en realidad fue vengarse de los que antes tenían el poder, y cometer peores atropellos que los de sus predecesores. Por ello, todo movimiento revolucionario debe tener presente este riesgo, y es prudente que la sociología lo advierta a tiempo.

## Michel Foucault (1926-1984)

Michel Foucault fue un filósofo francés, historiador de las ideas, teórico social y crítico literario, cuyos aportes fundamentales fueron analizar la relación entre el poder y el conocimiento, y cómo ambos elementos se emplean para ejercer control social a través de las instituciones sociales.

Es un continuador de las corrientes críticas de pensamiento que cuestionan las estructuras de dominación social vigentes, pero que se interesa no solo por la dominación económica, sino fundamentalmente por la cultural, la que impone lo que está bien y lo que está mal en un lugar y tiempo determinado.

### *El poder y los discursos que lo legitiman*

Hacia mediados del siglo XX, las teorías sociológicas estaban divididas en dos grandes corrientes. Una considerada la conservadora, pues le interesaba estudiar cómo las sociedades se mantienen organizadas y en armonía; y la otra, la crítica, que acusaba a las sociedades capitalistas modernas de ser sistemas de explotación de grandes masas de trabajadores que, si existía armonía y paz, era porque los pobres eran explotados y reprimidos violentamente por el poder del Estado. En ambos casos, se partía de considerar que la forma de mantener el orden o de cambiar la sociedad era por medio del Estado, de allí que mientras los conservadores solían ser analistas sociales que aportaban sus estudios para la gobernanza de los países, muchos de los críticos, inspirados en las ideas de Marx, proponía la revolución contra el sistema para tomar el poder del Estado y cambiar la sociedad. Sin embargo, alineado con estos últimos, quien va a cuestionar estas ideas acerca del poder es el pensador francés Michel Foucault.

En lo que hace al poder, Foucault señala que éste no es algo que esté en el sillón presidencial o en la corona y quien accede allí accede a todo el poder. A lo sumo, allí descansa el poder de la fuerza, el de mandar a reprimir una manifestación, pero el poder es algo mucho más poderoso que las armas, el verdadero poder es aquel que hace que la gente haga lo que quieren otros, y de buena gana. Eso es poder. La gran tesis de Foucault fue sostener que el poder no es sólo represión, sino mucho más que eso, y que el uso de la fuerza para imponer la voluntad es la menos eficiente de las manifestaciones del poder. En palabras de nuestro autor “el poder se ejerce más que se posee, no es el ‘privilegio’ adquirido o conservado de la clase dominante, sino el efecto de conjunto de sus posiciones estratégicas, efecto que manifiesta y a veces acompaña la posición de aquellos que son dominados”. En este párrafo queda claro



que el poder es una situación de dominación donde el propio dominado acepta su lugar. Y luego continúa “Este poder, por otra parte, no se aplica pura y simplemente como una obligación o una prohibición, a quienes ‘no lo tienen’; los invade, pasa por ellos y a través de ellos; se apoya sobre ellos, del mismo modo que ellos mismos, en su lucha contra él, se apoyan a su vez en las presas que ejerce sobre ellos. Lo cual quiere decir que estas relaciones descienden hondamente en el espesor de la sociedad, que no se localizan en las relaciones del Estado con los ciudadanos o en la frontera de las clases y que no se limitan a reproducir al nivel de los individuos, de los cuerpos, unos gestos y unos comportamientos, la forma general de la ley o del gobierno; que si bien existe continuidad (dichas relaciones se articulan en efecto sobre esta forma de acuerdo con toda una serie de engranajes complejos), no existe analogía ni homología, sino especificidad de mecanismo y de modalidad” (Foucault, 1987).

Los textos de Foucault siempre son muy complejos de entender por eso preferimos exponerlos con nuestras palabras, aunque se pierda su riqueza. El poder se describe en términos de relaciones sociales, relaciones de fuerza, donde alguien manda y otro obedece, pero esto es algo que se reproduce en toda la sociedad, y no desde la corona. En el hogar, hay una autoridad que se respeta, ya sea la del padre, la de los hermanos mayores, la de Dios o la que sea. Así se va construyendo el sujeto, aprendiendo a obedecer y a mandar. El poder, entonces no es un gran mandato vertical que impone las autoridades, sino que es “una trama de poder microscópico, capilar”, y luego, para despejar toda duda acerca de la centralidad del poder, afirma: “no me refiero al que tradicionalmente se conoce como poder político: no se trata de un aparato de Estado ni de la clase en el poder, sino del conjunto de pequeños poderes e instituciones situadas en un nivel más bajo” (Foucault, 2011).

Foucault señala que las normas sociales que establecen quién tiene autoridad y quién no, lo que está bien y lo que está mal, lo que se considera correcto o errado, lo moral o inmoral, etcétera, se van consolidando por medio de discursos que circulan por la sociedad por innumerables vías, tanto por la prensa, los grupos de amigos, el trabajo, la familia y demás lugares, imprimiendo en cada persona lo que debe hacer, sentir y pensar para estar dentro de los “normales”, pues en caso de no hacerlo, no es que será detenido por la policía, sino que los propios pares lo mirarán como a un “raro” y esta especie de sanción social es la que hace que la persona se comporte de acuerdo a lo esperado. Así, las sociedades occidentales han establecido sistemas de control social profundamente eficientes, pues no es necesario tener policías en cada departamento o casa para que las personas se comporten como “es debido”, sino que el control está dado por la vigilancia de los demás. A ello Foucault lo llama el

“poder pastoral”, pues las personas se comportan bien sin la necesidad de ser forzadas, piensan, sienten y hacen lo que ven que piensan, sienten y hacen los demás; aquello que la mayoría considera lo correcto, lo normal, lo natural. No se apartan del rebaño, y si lo intentan, la incomodidad interior es tal, que no es necesario que desde el poder estatal se les impongan que regresen, pues vuelven solas. Así se ve mejor esta idea de Foucault acerca de un poder que se ejerce sobre las personas, pero no desde la coacción directa, ni desde una instancia estatal centralizada, sino desde un juez interior que se interioriza en los sujetos. Claro que siempre existirá la instancia de poder clásica, para controlar excesos, y también, liberar sentimientos de culpa por medio de la confesión espiritual (Foucault, 2010).

Por tomar un caso clásico que tanto interesó a Foucault en su libro *La historia de la sexualidad pensemos en la homosexualidad* (Foucault, 1998). Durante el siglo XIX fue considerada un acto contranatural, una inmoralidad, un pecado, una conducta de anormales, y en muchos Estados, tipificada como delito. Las razones en su momento eran muy claras: era un acto que atentaba contra la religión y la moral. Por lo tanto, a partir de estas fuentes de verdades, la escuela, la familia, los amigos, el trabajo, todo conspiraba contra “el homosexual”, y quienes a pesar de todo, insistían en salirse del rebaño, ahí sí, eran cazados por el Estado, por medio del uso del poder, castigando la infracción, y acudiendo a diversas estrategias de sanción, que podían ir desde la prisión, hasta el tratamiento psiquiátrico para que la persona pudiera volver a ser “normal”. Ahora bien, hoy en día, mantener relaciones sexuales con alguien del mismo sexo no es delito ni un acto inmoral, y cualquiera que sostenga un discurso así, no sólo despertaría las murmuraciones de su entorno, sino que podría ser pasible de sanciones por discriminación. ¿Qué es lo que ha ocurrido entonces? Lo que pasó es que cambió la sociedad, pero esta es una respuesta muy genérica. Lo que concretamente ocurrió es que ciertos discursos que establecían “qué era lo normal y lo anormal” fueron desplazados por otros que establecieron nuevas normalidades y anormalidades. Así, hacia el siglo XIX, el discurso religioso y moral establecía como una aberración la homosexualidad, mientras que para el siglo XX, el discurso científico médico comenzó a desplazar a las explicaciones religiosas en muchos campos. Por ejemplo, las personas que antes eran consideradas poseídas por el demonio, fueron explicadas en función de ataques de epilepsia o crisis psicóticas; las apariciones de la Virgen María se explicaron como procesos alucinatorios; y la homosexualidad, dejó de ser una perversión patológica, para explicarse como una orientación sexual alternativa a la heterosexual, pero que no comprometía funciones psíquicas del sujeto, es decir, no era un loco. De este modo,

vemos cómo el discurso religioso que establecía lo que era “la verdad” hacia 1850, fue desplazado por el discurso médico, el cual fue ganando terreno en función de basar sus explicaciones en el conocimiento científico. Así, se fueron consolidando nuevas “verdades” que, como toda verdad, suelen imponerse a las personas sutilmente por mecanismos de poder. Hoy, por ejemplo, frente a una fiebre de 40 grados, la madre que no lleva a su hijo al médico y prefiere rezar o llamar a una curandera es señalada por el entorno, posiblemente denunciada y procesada por el Estado por negligencia en el cuidado de su hijo. Vemos una vez más cómo el poder protege lo que se considera verdad en un tiempo y lugar determinado.

### *Verdad, saber y poder*

Con los ejemplos aquí brindados, podemos comprender las ideas de Foucault acerca de cómo es la lógica interna de la organización de una sociedad en función de las verdades que consideran sus miembros como reales. Lo que se considera una verdad siempre estará fundado en el saber o conocimiento que se considere legítimo en su tiempo; y en caso de que alguien desee cuestionarlas o no se adapte a ellas, estará el poder para que, de manera sutil por presión social o por la represión en última instancia, la persona se adapte o, en caso contrario, se la excluirá (en instituciones como la cárcel, el manicomio, etc.). Lo importante aquí es notar que con esta tríada de verdad-saber-poder pueden analizarse las estructuras básicas de cualquier sociedad.

En su libro *Vigilar y castigar*, Foucault (1987) señala que, durante siglos, se consideraba al poder como algo opresor y a la verdad y el saber como sus enemigos. Desde siempre se consideró que “la verdad nos hará libres”. Pero Foucault da cuenta de que la verdad, el saber y el poder no son entidades aisladas que se controlan entre sí, ni una es más importante que la otra. Son socias. Las tres actúan de manera conjunta pues su esencia es retroalimentarse entre ellas. Por ejemplo, en el medioevo cristiano, un rey podía ejercer el poder de decapitar a un traidor, y podía hacerlo, en parte, porque todos compartían que el regicidio es el delito máximo que se podía cometer, ya que el rey es una manifestación de Dios en la tierra, y atentar contra él es atentar contra Dios, lo que es el mayor de los pecados según la religión. Así vemos como matar es una manifestación de poder (represivo en este caso), que encuentra su legitimidad en los fundamentos que brinda la institución religiosa (el saber legítimo de su momento) y que es lo que todo el mundo cree (verdad). Un ejemplo similar podría ser Colón saliendo con sus carabelas cuando todo el mundo sabía que la Tierra era plana (verdad) tal como se afirmaba desde

los filósofos griegos (saber), razón por la cual no faltaron burlas hacia el marino (poder). Podrá parecernos absurdo que alguien crea en que un rey es descendiente de Dios o que la Tierra alguna vez haya sido plana para nuestros congéneres, pero no debemos tener la soberbia de no comprender que no hay verdades, sino convenciones popularmente aceptadas, que llamamos verdades, que se instalan por medio de los discursos de instituciones que tienen legitimidad social, y cuidado de aquél que quiera cuestionarlas. Quién nos dice que, de aquí a mil años, la ciencia no sea reemplazada por otra fuente de conocimientos, y seamos nosotros los que parezcamos unos salvajes operando con bisturíes y suturando con hilo y aguja.

Así, el aporte de Foucault es señalar que el poder no es algo que tienen las clases dirigentes para conducir la explotación de las dirigidas, como planteaban la mayoría de las corrientes marxistas. Sino que, los tanques y las armas son tan solo una manifestación obvia y burda del poder. Pero el poder que realmente organiza a la sociedad, y la explotación de la oligarquía sobre el proletariado, si se quiere, no se ve, no es una cosa, sino que es el producto de relaciones sociales, que impulsan a las personas a adaptarse a las verdades y saberes de la época. Es por ello que el poder, generalmente, suele ser funcional a las clases dominantes, pues las verdades de una época, suelen ser las verdades que convienen a los que dominan y, además, éstas suelen tener cercanía al saber legítimo de su tiempo, lo que les permite cerrar la tríada de saber, verdad y poder, poniendo todo ello al servicio de sus intereses.

Sin embargo, las sociedades son dinámicas, y pueden producirse modificaciones en la relación de cualquiera de los elementos de la tríada saber-poder-verdad que terminen modificando la sociedad, ordenando las cosas de una forma diferente, como en un caleidoscopio. Así se explica la historia, como la reconfiguración de la tríada en función de nuevos saberes, verdades y poderes.

### *Sociedades disciplinadas*

La sociedad actual es descrita por Foucault como una sociedad disciplinada, pues por todo lo dicho hasta aquí, los ciudadanos aprenden a “ser normales” en función de cumplir lo que se les enseña en las diversas instituciones por las que atraviesan durante su crecimiento y madurez, tales como la escuela, la familia, el club, la universidad, la iglesia o el templo. Las sociedades modernas crean individuos “normalizados”, que cumplen lo que las instituciones piden y se adaptan bien a las normas, en tanto que el que no lo hace, ya sea porque no quiere (por ejemplo, un delincuente) como porque no puede (por ejemplo, un demente), será rápidamente identificado y excluido del

seno social, para intentar ayudarlo para que vuelve a ser “normal”, ya sea por medio de tratamientos psiquiátricos o la resocialización carcelaria.

Así, para Foucault, la sociedad sería como una cuadrícula, en donde en cada casillero crecería un individuo, el cual, por presiones del entorno (poder) se iría conformando en un ser dócil y adaptado. Así, el joven de clase media será heterosexual, estudiará, se casará, tendrá hijos, trabajará y morirá en una clínica provista por su obra social. Todo presiona hacia ello, y quienes no cumplan con los mandatos, serán como una suerte de mosca blanca que atraerán toda la atención de las instituciones normalizadoras. En nuestra sociedad moderna, lo normal es ser sano y cumplidor de las leyes, de manera que, si se violan estas normalidades, acecha el riesgo del señalamiento de los pares, hasta el de la exclusión social (internación psiquiátrica, carcelaria, reformatorio, etc.). En definitiva, Foucault termina sosteniendo que nos hemos convertido en una sociedad de control, donde todos controlan a todos, todo el tiempo, creando individuos “domesticados”. La vida de la prisión con sus controles y horarios se ha esparcido por toda la sociedad, y aunque no nos demos cuenta, vivimos en nuestras ciudades como si fueran cárceles, pues cumplimos nuestros ritos cotidianos de levantarnos a determinada hora, asearnos, desayunar, viajar al trabajo, volver, cenar a tal hora, acostarnos a tal otra, etc. Además, estamos rodeados de guardiacárceles normalizadores o “jueces de normalidad”, como los llama Foucault, que “están presentes por doquier. Nos encontramos en compañía del profesor-juez, del médico-juez, del educador-juez, del “trabajador social”-juez; todos hacen reinar la universalidad de lo normativo, y cada cual en el punto en que se encuentra somete el cuerpo, los gestos, los comportamientos, las conductas, las actitudes, las proezas. La red carcelaria, bajo sus formas compactas o diseminadas, con sus sistemas de inserción, de distribución, de vigilancia, de observación, ha sido el gran soporte, en la sociedad moderna, del poder normalizador” (Foucault, 1978).

Es una mirada pesimista, parecida a la de Max Weber, para quien la racionalidad moderna conllevaría a un mundo desencantado, donde no habría lugar para la emoción y los sentimientos, sino que todo se mediría en términos de costo beneficio. Sin embargo, de nada sirve llorar por estos pronósticos negros que echan estos autores sobre el futuro, porque el futuro se compone de nuevas generaciones con nuevos valores. Serían tan absurdo como creer que la mujer del siglo XVII pensaba con lástima por la pobre mujer del siglo XXI que sólo tendría uno o dos hijos, que tendría que trabajar fuera de la casa y la posibilidad de encontrar nuevamente el amor si con el primer marido la cosa no funcionó del todo bien. La especie humana siempre encuentra la felicidad con los recursos que tiene y, por lo tanto, los

augurios tenebrosos que suelen auspiciar algunos pensadores sociales suele ser más la proyección de sus angustias y tristezas que lo que realmente ocurrirá.

## Pierre Bourdieu (1930-2002)

Pierre Bourdieu fue un sociólogo francés que indagó las sutiles formas de dominación de unos grupos sociales sobre otros, que tienen lugar en la sociedad por medio de conductas sin violencia física, pero con violencia simbólica. Desarrolló otros conceptos como “habitus” y “capital simbólico”, permitiendo explicar la conducta de las personas, no en función de la voluntad autónoma, sino de su pertenencia social. Su concepción sociológica combina las ideas de varios autores clásicos, aunque es menos determinista que éstos. Por lo tanto, si bien comparte con Marx o Durkheim que existen condiciones materiales económicas y hechos sociales que se le imponen al sujeto, también señala que los factores culturales y simbólicos influyen poderosamente en los individuos.

### *Nuevas formas de capital*

En sintonía con los autores que venimos repasando, Bourdieu también innovará sobre conceptos que parecían ya estar claros. Uno de ellos será el de capital. Tradicionalmente, por capital se ha entendido a la acumulación de dinero, y se podía afirmar que quien tiene más dinero tiene más poder, pues puede comprar las voluntades. Pero lo que Bourdieu advierte es que hay personas que por más que tengan dinero, mucho dinero, no pueden hacer cosas que otras que tienen menos sí. Por ejemplo, vivir en determinado barrio privado. En efecto, hay zonas residenciales privadas en las que para vivir allí no basta con comprar el terreno y construir la casa, sino que, para acceder, previamente a la compra, una comisión analiza el perfil del futuro comprador y si no encaja con el perfil de socios que busca el *country*, la petición posiblemente sea rechazada. De esta forma, los grupos tradicionalistas y aristocráticos suelen negar el ingreso a los “nuevos ricos”, a quienes juzgan como personas sin la cultura o el estilo necesario para estar entre ellos. Claro que también puede ocurrir lo contrario, y que el propio *country* invite a una figura destacada de las artes, por ejemplo, a que resida allí, aunque no tenga todo el dinero necesario, por lo que se le ofrecerán muchas facilidades.

Con estos ejemplos, lo que se advierte es que las personas poseen un “capital

simbólico”, que excede lo dinerario, y que puede tomar diversas formas, a partir de las cuales, la persona ocupará su lugar en el mundo, será respetada o no, será invitada a una fiesta o rechazada, será admitida en un trabajo o no, etc. Los distintos tipos de capital que Bourdieu detecta son: el *capital cultural*, el cual simboliza los conocimientos y refinamientos de la persona en algunas temáticas de la sociedad (saber comer con buenos modales, conocer de arte, poseer un título profesional, etc.); el *capital social*, conseguido a través de la red de relaciones que establece el agente en la sociedad (contactos, parientes y conocidos que le permiten mejorar sus chances); y, lo interesante es que todos estos capitales pueden ser transformables en *capital económico*, en el sentido de que permiten ganar dinero. Pero, funcionan así: todos deben disimular que tienen ese fin. De este modo, una exposición de pintura, puede ser un evento para hacer contactos y realizar negocios, pero nadie aceptaría que ese motivo los convoca. Todos irán a ver las obras “del maestro” y, de casualidad, surgirán negocios entre los asistentes.

Para Bourdieu la vida social debe analizarse como un juego, donde cada agente interactúa y compete con otros para mejorar sus condiciones de existencia (mejorar la casa, el auto, mandar a los hijos a un buen colegio, salir de vacaciones, etc.). Pero este gran juego de la vida no se da en un “todos contra todos” ni “la clase alta contra la baja”, sino que para nuestro autor, la sociedad se encuentra dividida en distintos “campos” en el que compiten los agentes, lo cuales tienen sus objetivos y reglas que les son propias.

Así, existe el campo empresarial, el político, el campo de los profesionales, el campo académico, el campo fabril, el campo científico, etc. En todos ellos, las personas compiten por acumular más capital simbólico, lo cual les servirá para tener más dinero para vivir, y más poder sobre los demás. A su vez, comenzarán a vincularse con personas similares, formando así conjuntos de individuos dominantes, y lo mismo pasará con los dominados, quienes también se reunirán entre ellos. Así, tal como planteaba Marx acerca de las clases sociales opresoras y oprimidas, Bourdieu hace un análisis más refinado, señalando que la lucha se da en el interior de cada uno de los campos (fracciones de clase) creando relaciones de dominación y sumisión. Por eso, dentro del campo empresarial, tenemos a grandes ganadores y otros que apenas sobreviven. Todos son empresarios, jugando en el campo de los negocios, pero no a todos les va igual.

Finalmente, dado que con cada recambio generacional también se suman nuevos participantes al juego social, Bourdieu explica la fuerza de la juventud, al señalar que “Aquellos que monopolizan el capital específico, que es el fundamento del poder o de la autoridad específica característica de un campo, se inclinan hacia

estrategias de conservación, mientras que los que disponen de menos capital (que suelen ser también los recién llegados, es decir, por lo general, los más jóvenes) se inclinan a utilizar estrategias de subversión” (Bourdieu, 1990). En este sentido se explica la rebeldía juvenil en contraposición al conservadurismo de los adultos que han encontrado su lugar en el juego de la vida. Pero para poder entrar en el juego, los jóvenes primero deben aceptar las reglas y los capitales por los que se compete. Sólo así pueden ingresar, y eventualmente modificar algunas pautas del juego.

### *Habitus*

Similar a lo que pensaba Durkheim, Bourdieu señala que las formas de pensar, sentir y actuar se adquieren socialmente, pero no de acuerdo con lo que los padres o la escuela quieren inculcarle a su hijo, sino en función de la posición social de la familia donde tocó en suerte nacer. El hijo de una familia acomodada, por más que no lo quiera, hablará como la gente de su barrio y se vestirá como los demás. Pero también caminará como ellos y tendrá gustos semejantes. De hecho, en una reunión, reconocerá por estas señales particulares a otro de su misma condición sociocultural, y también advertirá quienes definitivamente no lo son. A ello, Bourdieu lo llama *habitus*, y con ello describe cómo las estructuras sociales (la clase social diría Marx) se impregna en el cuerpo y la mente de las personas. Se trata de un “sistema de disposiciones adquiridas por medio del aprendizaje implícito o explícito que funciona como un sistema de esquemas generadores” (Bourdieu, 1990).

El *habitus* es donde converge la sociedad y el individuo, y es la razón de por qué a las personas de la misma clase social suelen gustarle las mismas cosas, hablan y se visten de modo similar, e incluso piensan de forma parecida. Bourdieu hace un estudio que publica en un libro titulado *La distinción* (1998) para señalar cómo a partir de los gustos se diferencian los grupos sociales, pues a la clase alta le gusta la comida sofisticada, el teatro, acudir a conciertos de música clásica, hablar de poesía, filosofía y arte; mientras que a la clase baja le gusta las novelas de la tarde, apostar, los autos de lujo, etc. El estudio es de la década de los sesenta, por lo que los gustos pueden haber variado, pero lo importante es que a partir “del gusto” es que pueden diferenciarse los grupos sociales pues a las personas parecidas les gustan las mismas cosas, y las personas parecidas suelen estar ubicadas en los mismos sectores de la estructura social. Ésta, por un lado, impone a nivel inconsciente una manera de ser, las cosas que habrán de gustarnos y las que no y, por otro lado, está la voluntad del propio sujeto de tomar consciencia y querer modificar o no ese *habitus*.



Es a partir del habitus que Bourdieu explica la reproducción de las desigualdades sociales, dado que quien nace en el seno de una familia de escaso capital, transmitirá a su hijo un habitus de agente dominado, mientras que los agentes que han triunfado en el juego social, transmitirán a sus descendientes la actitud dominante, además de otros capitales, como contactos, dinero, cultura, etc. Además, como el habitus es lo primero que percibimos del otro, la búsqueda de pareja también está guiada por él, de manera que las uniones o casamientos, se consumarán en función de cierta compatibilidad sociocultural, de manera que será extraño que alguien de la clase alta se case con alguien de la clase baja. Si ello no ocurriera, los distintos grupos sociales se mezclarían, los pobres con los ricos, y en la generación siguiente se produciría una redistribución de la riqueza. Sin embargo, los pobres se casan con otros pobres y los ricos con otros ricos, preservando así la estructura clasista de la sociedad. Pero insistimos una vez más, no es una estrategia consciente de dominación de un grupo sobre otro, sino inconsciente.

### *Violencia simbólica*

Ello nos da paso a explicar el concepto de “violencia simbólica” mediante el cual Bourdieu describe cómo los que dominan en una sociedad, mantienen su dominación por medio de una violencia, que no es física, sino que se ejerce invisiblemente por diversos medios culturales, como las palabras, las canciones, la educación, etc. Así, por ejemplo, todos sabemos que negros y blancos son seres humanos iguales, sin embargo, en la sociedad todo lo negro está asociado a lo malo (magia negra, “me la veo negra”, mercado negro, etc.) mientras que lo blanco lo está con lo bueno, la pureza y la verdad. De este modo, un afrodescendiente siente a nivel inconsciente cierta culpa o inferioridad por su color, siente vergüenza, siente que las cosas de los blancos no son para él, de manera que se auto boicotea, y asume una posición de sumisión. Lo mismo puede aplicarse para hablar de las mujeres, a quienes para mantenerlas con violencia “simbólica” atadas a sus hijos se les decía que “la madre naturaleza les dio esa maravillosa sensibilidad para cuidar a los niños”, “que la mujer se realiza siendo madre” y demás formas sutiles de anclarlas a las tareas domésticas. Ni que decir que, luego, las propias madres son las que han educado a las mujeres, transmitiéndoles inadvertidamente los mandatos de la dominación masculina (Bourdieu, 2010).

Lo que Bourdieu intenta explicar es cómo los que han triunfado en un campo, cuentan con el capital simbólico suficiente para establecer el sentido común de su tiempo, que generalmente será aquél que proteja sus propios intereses. Sin embargo, como todo autor crítico, Bourdieu plantea que, si bien el habitus condiciona lo que

la persona puede hacer, pensar y sentir, también es cierto que no lo hace de manera determinista, sino que siempre quedan posibilidades de que se produzcan cambios, fundamentalmente cuando una masa crítica de dominados comienza a acumular capital y logra cambiar la relación de fuerzas dentro del campo de juego social.

En esta lucha, Bourdieu no considera que sea necesaria una revolución sangrienta para cambiar algunas reglas del juego o la acumulación de capital, sino que el combate es simbólico, principalmente, en el lenguaje. Las palabras con las que clasificamos y definimos al mundo le dan sentido. Por eso, en períodos de dominación masculina los chistes machistas son moneda frecuente y los roles sociales dominantes se escriben en masculino. Cuando las mujeres lograron reivindicar sus derechos, no lo hicieron matando a nadie, sino cuestionando el uso de las palabras, los chistes y el sentido común de la época. Es un cambio simbólico, pero que impacta en la realidad mucho más hondo que las balas. Son balas simbólicas. No en vano para Bourdieu el lenguaje es el territorio privilegiado de la lucha política. Al cambiar las palabras con las que nombramos las cosas y personas de la realidad, también cambia nuestra percepción del mundo y nuestra manera de categorizarlo.

## Zygmunt Bauman (1925-2017)

Bauman es un sociólogo y ensayista polaco que se ocupó de analizar la sociedad contemporánea, centrando sus últimas obras en la sociedad de consumo y las vidas en las ciudades. Su concepto más conocido es el de la “modernidad líquida”, el cual resulta ser una metáfora de los tiempos presentes, donde todo fluye, nada dura mucho tiempo, ni los trabajos, las relaciones de pareja, ni las ideologías políticas. Todo cambia rápido. La concepción de vivir en un mundo líquido se contrapone a un pasado que era “sólido”, donde las cosas eran duraderas, estables y previsibles (Bauman, 2008).

### *Modernidad líquida*

En sociología se suele hablarse de “*cambio social*” para referirse a cómo se producen las modificaciones de las instituciones fundamentales de las sociedades. Se trata de analizar las causas de los cambios para explicar el presente y, en algún momento, estar preparados para el futuro.

En los años sesenta, los analistas sociales explicaban cómo se habían convertido las *comunidades en sociedades*, al cambiar su economía de subsistencia por una de

intercambio y producción en masa; la legitimidad del poder pasó de ser carismática o tradicional a estar fundada en el derecho; las acciones sociales tendieron cada vez más hacia la racionalización; la educación se institucionalizó como derecho y obligación de todos y no sólo de unos pocos; se comenzó a propiciar la movilidad social, tanto tiempo estancada durante el medioevo; etc.

En fin, el pasaje de la *comunidad* (o sociedad tradicional) a la *sociedad moderna* supuso dotar de mayor libertad a los individuos. El ciudadano ya no estaba atado a su comunidad que lo vio nacer, comenzaba a tener mayor libertad para elegir qué hacer con su vida. La religión dejaba de tener el peso preponderante del pasado, pues la razón ocupó su lugar, dando explicaciones del mundo, el hombre y la sociedad. El capitalismo avanzaba, y contrataba mano de obra para las empresas que comenzaban a rodear a las ciudades. El mundo se hacía industrial, comercial, bélico.

Pero esta sociedad comienza a resquebrajarse hacia los años 60-70 con las dos guerras mundiales, las revueltas juveniles del Mayo francés, las crisis del capitalismo, la revolución sexual y demás cambios sociales, los cuales fueron imponiendo nuevas formas de coexistencia. Lo que Bauman intenta analizar en su libro *Modernidad líquida es ese cambio social*: el pasaje de la sociedad en la que se criaron nuestros padres a esta que estamos viviendo nosotros.

### *Modernidad sólida vs. líquida*

Bauman caracteriza a la sociedad occidental de los años 1900 al 1960 como un mundo *sólido*, en contraposición a la modernidad (actual) que se caracteriza por ser *líquida*. Veamos qué quiere decir con esto.

Lo sólido es estable, suele estar fijo en un lugar, y suele ser pesado. Lo líquido fluye, está en continuo movimiento; y no tiene una forma determinada, sino que se adapta. Si nos hacemos una imagen mental de la sociedad del capitalismo *pesado*, seguramente imaginaremos grandes fábricas, con miles de obreros ingresando. Capataces o supervisores controlando todo *in situ*; y al dueño lo podemos imaginar sentado en su oficina, que también está en la fábrica.

En contraposición con esta imagen, el capitalismo líquido, no necesita que los dueños del capital estén presentes donde se lleva a cabo la producción, los celulares solucionan el problema. Tampoco las fábricas que se construyen se hacen con la idea de eternidad, pues hoy es productivo fabricar en China o en Pakistán, pero es probable que en unos años sea mejor la India o Ecuador. De modo que las instalaciones industriales también son precarias, en comparación a las mega construcciones del pasado.

Solidez y estabilidad era la característica del capitalismo pesado. La modernidad líquida, con su capitalismo líquido, hace que nada quede afincado en un lugar, ni nada sea estable o definitivo. Todo está sujeto al próximo cambio.

Otra cosa que duraba de por vida en el capitalismo pesado era el empleo. Se ingresaba a la empresa o a la fábrica en la juventud y se permanecía hasta la jubilación. Las personas podían proyectar su vida sobre el sólido convencimiento de cómo sería el futuro.

Contrariamente al pasado, el capitalismo líquido hace que todas las relaciones laborales fluyan en un mar de incertidumbres. Muchos trabajadores están en situaciones de precariedad, con contratos basura que no les permiten proyectar si les serán renovados el año entrante. La lógica de la liquidez es tan fuerte que hasta el empleo público adoptó la lógica de los contratos para incorporar personal transitoriamente.

En el campo de los vínculos sociales, en el pasado la solidez era la característica. La familia se sostenía (mal o bien) y actuaba como red de contención para el individuo. El matrimonio era para toda la vida, lo mismo que las amistades, que solían durar desde el barrio hasta la vejez. Los noviazgos se comenzaban con la idea de llegar al altar.

En contraposición, la modernidad líquida diluye todos los vínculos, les quita la firmeza y solidez del pasado. El matrimonio se empieza a ver como una esclavitud, que nos priva de nuevas opciones y posibilidades. Los amigos se cambian por otros nuevos, y se olvidan los del pasado, o quedan como recuerdo.

*En la modernidad líquida, todo lo sólido se desvanece.* La regla que pareciera guiar todos los comportamientos es “no te ates a nada”. No te ates a una pareja, pues hay miles para seguir probando; no te ates a un grupo de amigos, sino a muchos; no te ates a un trabajo, siempre hay posibilidades de cambiar por uno mejor y, además, nadie te asegura que en breve no prescindan de vos. No te ates a una religión, hacé un mix de ellas. Podés ser cristiano, pero a la vez creer en los chakras y el karma, y hacerte tirar las cartas del Tarot.

En fin, la modernidad líquida, destruye las instituciones clásicas que conocemos bajo el lema *lo mejor es andar sin ataduras*, sin peso, ni restricciones. Otra máxima moral de la modernidad líquida es que todo lo que limite el deseo debe ser denostado y luego destruido. Corolario de ello es que la satisfacción del placer es lo que guía la mayoría de los comportamientos posmodernos, por lo que todo lo que conlleve un esfuerzo pasará a un segundo plano, o se abandonará sin más.

Viendo a estas dos sociedades, la sólida en comparación con la líquida, Bauman se pregunta ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Y la respuesta la encuentra en el modo

en que el mercado o los que manejan el mercado han convertido a los ciudadanos en consumidores. Tanta sobreexposición de las nuevas generaciones a bombardeos de mensajes publicitarios que los llevan a “comprar” han hecho que una generación haya sido educada como “consumidores” y, por ende, la lógica del consumo la aplicarán a todo. Así, comprarán y consumirán parejas, amistades y trabajos. El otro se convierte en un objeto de deseo que resulta tentador consumir. Pero una vez apropiado, como ocurría con los juguetes, nos cansamos y queremos uno nuevo. En la modernidad líquida nada dura mucho tiempo, ni los productos que consumimos, ni nuestros gustos televisivos, ni nuestros los vínculos sentimentales.

Decíamos que lo que está en el fondo de este pasaje cultural de una modernidad sólida (con sus instituciones y su reglas rígidas) a una modernidad líquida (donde todo vale) es el mercado.

El capitalismo es el que ha disuelto todas las trabas que le impedían convertir a una ciudad en un mercado, es decir, convertir a los ciudadanos en consumidores.

El mercado ha desplazado a la política, puesto que ésta no brindaba soluciones a los problemas sociales, y les ha vendido a los ciudadanos la idea de que hay que salvarse a uno mismo. El Estado interventor que se inmiscuía en la sexualidad de las personas, sus vicios y su moral ha desaparecido. El Estado no condenará la orientación sexual de las personas, ni el consumo privado de marihuana. No se meterá en la vida de las personas. Pero tampoco las ayudará ni protegerá. A lo mucho, hará “como si”. Hará como que controla la seguridad (que es lo único que le queda por hacer en la modernidad líquida). Pero será sólo show, pues es claro que carece de la fuerza necesaria y de la vocación de servicio de sus agentes para luchar contra las mafias (narcotráfico, armas o trata).

También se extinguió el Estado que brindaba una *buena* educación pública en sus tres niveles, la seguridad en las calles y las casas, o la jubilación. Quedan las cáscaras de sus instituciones, es decir, quedan escuelas públicas, comisarías y leyes de pensiones. Sin embargo, son instituciones *zombies*, es decir, que parecen vivas, pero están muertas. Y aquí es donde aparece el mercado para ofrecer soluciones con sus colegios exclusivos que ofrecen buena educación; barrios cerrados y *countries* que prometen seguridad contra el caos y la anarquía; seguros de retiro para una jubilación digna; etc.

De este modo, la modernidad líquida se desentiende de cualquier idea de un proyecto social que beneficie a todos, es decir, de la política entendida como un querer hacer cosas que beneficien a muchos. Se impone ahora que el individuo encuentre por sus propios medios la solución a su existencia y, por ende, si fracasa, no será culpa de la sociedad, sino de su incompetencia.

Esta lógica encierra algo de maquiavélico, pues no es cierto que los problemas individuales sean única responsabilidad del sujeto. Muchas veces los problemas individuales son a raíz de la sociedad en la que se vive.

El punto lo explicó Durkheim con respecto al suicidio, señalando que los suicidas se ven llevados a este acto por razones sociales (aislamiento, fundamentalmente) más que por razones psicológicas. Si en este caso queremos hallar responsables, ¿quién lo será más, el suicida o la sociedad que no supo contenerlo? De igual manera ocurre en la modernidad líquida. Se entiende que si una persona está desempleada es por su falta de idoneidad para conseguir trabajo, y se pasa por alto que quizás sea por la sociedad en que le toca vivir, en la cual se reemplaza con un robot una docena de obreros. Es la propia sociedad y sus avances la que convierte a las personas en prescindibles.

Del mismo modo, la modernidad líquida pretende convencer de que no será responsabilidad de la sociedad si se pierde a una pareja, solo será culpa de la persona que no supo retenerla. Pero en rigor, la sociedad estimula a todas las personas a abandonar cualquier vínculo amoroso cuando éste exija algún grado de esfuerzo o entrega.

Así, la modernidad líquida libera al individuo de instituciones asfixiantes como el matrimonio de por vida; el mismo trabajo hasta la jubilación; la sexualidad única, etc.; pero al precio de abandonar al individuo a su suerte.

### *Las autoridades*

El capitalismo pesado, de estilo fordista, era el mundo donde unos pocos mandaban, y muchos obedecían. Se recreaba en la vida cotidiana lo que pasaba en las fábricas, donde un capataz decía cómo se hacían las cosas y el resto cumplía. Este mismo modelo de obediencia se daba en la sociedad por medio de los legisladores y en la familia por medio del padre. Toda la sociedad se manejaba así, muchos seguían las órdenes de unos pocos. Por esta razón era un mundo de autoridades: líderes que sabían que era lo mejor.

El capitalismo liviano, no abolió las autoridades creadoras de leyes, rutinas y controles, sino que dio existencia y permitió que coexistieran una cantidad tan numerosas de autoridades que ninguna de ellas puede conservar su potestad durante mucho tiempo, y menos aún calificarse de “única”. Decir “numerosas autoridades” es una contradicción en sus términos, pues cuando las autoridades son muchas, tienden a cancelarse entre sí, y la única autoridad efectiva es la de quien debe elegir entre ellas. De este modo, una autoridad en potencia se convierte en tal, por voluntad y cortesía de quien la elige. Las autoridades ya no mandan, sino que intentan

congraciarse con la gente por medio de la tentación y la seducción.

Los líderes típicos del pasado (Martin Luther King o Gandhi, por poner algunos ejemplos) eran subproductos necesarios del mundo que aspiraba a una buena sociedad para todos. Pero en la modernidad líquida, hemos dicho que la política ha desaparecido, y cada uno debe encontrar su modo de asegurarse la felicidad. No en vano, los grandes líderes de masas han sido reemplazados por formas personalizadas que indican “el camino” de maneras más privadas. Los libros de autoayuda son un buen ejemplo de ello. Por su intermedio, las personas intentan enriquecer sus vidas, y por eso, la autoayuda no comprende sólo lo espiritual, sino que también enseña “cómo hablar en público”, “cómo cuidar a los hijos”, “cómo aumentar las ventas”, “cómo hacerse millonario”, y muchos otros “cómo” más.

Lo interesante es que, en ellos, sus autores no actúan como autoridades clásicas, es decir, no predicán lo que *se debe hacer*; pues la posmodernidad no quiere discursos, sino pruebas. Por ello se ponen a ellos mismos como ejemplo, y entregan la fórmula secreta del éxito de cómo bajaron de peso, cómo lograron su primer millón, o cómo hallaron la elevación espiritual. En igual sentido, los programas de televisión de la tarde (talk shows), donde *personas comunes* cuentan cómo resolvieron sus problemas, también brindan al sujeto de la modernidad líquida ejemplos concretos de personas como él/ella que encontraron cómo solucionar sus problemas.